

curarla; pues apenas había acabado de hablar cuando la reina, cuyo pálido rostro se había vuelto rojo de ira, le gritó: — « No quiera Dios que jamás haya en el mundo otra doncella como tú! Tú, instrumento de la malignidad de las monjas, puesta por ellas para atormentarme, y burlarte de mí, y exasperarme, despreciable y traidora espía! »

* * *

La novicia, al ver desatarse contra ella tan furiosa é inopinada tormenta, se levantó, con el rostro tan blanco como su velo, y permaneció en pié delante de la reina, tan temblorosa como la ola de espuma que en un día tempestuoso se detiene en la playa un instante, pronta á romperse y huir; y cuando la reina hubo añadido « ¡vete de aquí! » huyó asustada. Suspiró la otra al verse sola, y fué poco á poco cobrando ánimo y serenándose. — « La inocente, tímida criatura — pensó — hablaba sin malicia alguna, pero el pecado me ha vuelto más medrosa y más simple que la más simple y medrosa criatura, y mi conciencia me ha hecho traición. Pero sostenme, cielo, pues me arrepiento sinceramente. Porque ¿qué es el verdadero arrepentimiento, sino una firme resolución de ni pensar siquiera otra vez en los pecados que hicieron el pasado tan deleitoso? Y he jurado no verle ya jamás, jamás volver á verle.

* * *

Y no obstante, al decir esto, su memoria, llevada por la costumbre, se trasladó á aquellos dichosos días en que le vió por primera vez, cuando Lanzarote, que pasaba por el mejor caballero y el hombre más hermoso del reino, fué como embajador á buscarla para llevarla á Arturo, su señor, y la llevó cabalgando juntos á buen trecho de la comitiva, embebidos en dulces y animadas pláticas que enteramente versaban sobre el



amor, y sobre diversiones, justas y placeres. Pero no soñaban aún en pecado alguno. ¡Qué delicioso viaje! Cabalgaban á la sombra de floridas arboledas — era en el mes de Mayo,—sobre una alfombra de jacintos que parecía un trozo del cielo, y uno después de otro iban dejando atrás los collados y los valles, y todos los días, cuando el sol llegaba al meridiano, encontraban en alguna deliciosa encañada las tiendas de seda del rey Arturo, plantadas por correos que les habían precedido, para que en ellas pudieran tomar algún refrigerio ó gustar las dulzuras de la siesta; luégo continuaban su camino, y todos los días, antes de la puesta del sol, volvían á ver de nuevo el dragón de la gran Pendragonía (1) que coronaba el pabellón de Estado del rey, brillar á la orilla de impetuoso arroyo ó junto á las dormidas aguas de algún salúfifero pozo.

* * *

Pero cuando la reina, sumergida en tan profundo arro- bamiento y discurriendo inconscientemente á través del pasado llegó á aquel instante en que al aproximarse á las puertas de la ciudad vió por primera vez al rey cabalgar á su encuentro y suspirando por que tan delicioso viaje ha-

(1) El rey Arturo llevaba el título de *Pendragón*, como jefe que era de la confederación de todos los reinos del país de Gales. *N. del T.*

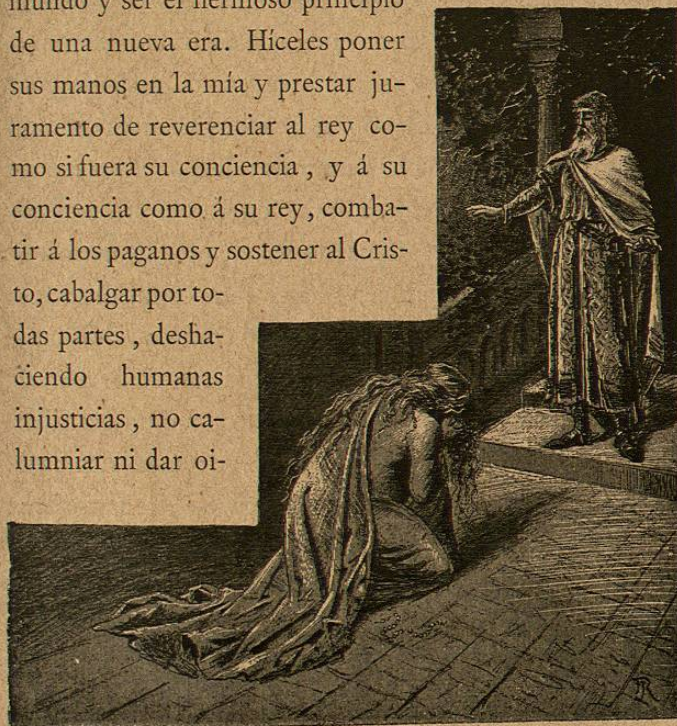
bía terminado, le miró y le pareció frio, grave, reservado é insensible, no como él, « *No como mi Lanzarote;* » cuando la reina estaba discurriendo de ese modo, y volviendo casi á hacerse otra vez culpable en sus pensamientos, llegó á la puerta del monasterio un jinete espléndidamente armado. Oyéronse murmullos que de boca en boca iban recorriendo el convento; y luégo, de repente, se oyó gritar: « ¡El rey! ¡El rey! » Ginebra, rígida, como embotada por la sorpresa y el temor, continuaba sentada escuchando; pero cuando en la larga galería que de la parte exterior conducía á su estancia oyó resonar los pasos del guerrero que se acercaba, cayó de la silla boca abajo, y serpeó en el suelo con el rostro pegado al pavimento: con sus brazos, blancos como la leche, y con sus hermosos cabellos se cubrió el rostro para que no lo viera el rey. A los pocos instantes sintió que el guerrero entraba en el aposento y se detenía junto á ella; entonces, hubo un momento de silencio, y luégo se oyó una voz monótona y hueca como la de un espectro pronunciando una sentencia: voz que, aunque alterada, era la del rey.

* * *

—¿Yaces ahí, tan humillada, tú, la hija de uno á quien yo reverenciaba, y que ha tenido la dicha de morir sin ver tu deshonra? Bueno es que no hayas tenido hijos. Los hijos que tú has dado á luz son la espada y el fuego, las ruínas humeantes, el quebrantamiento de las leyes, la

traición de mis deudos, y las ateas huestes de paganos que á manera de innumerables enjambres cubren el mar del Norte; los paganos, á quienes yo, cuando todavía sir Lanzarote, mi brazo derecho, el más valiente de mis caballeros, estaba conmigo, arrojé de esta tierra de Cristo, vencéndolos en doce grandes batallas. ¿Y sabes tú de dónde vengo ahora? De sus estados, de los estados de Lanzarote; vengo ¡oh desgracia! de guerrear contra él: y él que no tuvo reparo en herirme de peor manera, no ha querido, sin embargo, por un resto de cortesía, levantar la mano contra el rey que le armó caballero. Pero muchos caballeros han muerto; y muchos más, incluso todos sus parientes, se han unido á él y con él moran en sus tierras. Y muchos más, cuando Modred alzó el estandarte de la rebelión, olvidando su fé y su pleito homenaje, siguieron á Modred, y los restantes quedan conmigo. Y de estos que me quedan dejaré una parte, hombres leales que me aman todavía y por quienes vivo, para protegerte en medio de las revueltas y convulsiones que se acercan, á fin de que ni un cabello de esa abatida cabeza sea dañado. No temas: mientras yo viva habrá quien vele por tu seguridad. Sin embargo, bien sé que si no mienten las antiguas profecías, debo hallar pronto el fin de mi carrera. No me has hecho la vida tan dulce que yo, el rey, me cuide mucho de vivir; pues has malogrado el objeto de mi vida. Permíteme que te moleste por última vez, recordándote, por tu propio bien, el pecado que has cometido. No ignoras tú que cuando los romanos nos

dejaron, y se relajó entre nosotros el imperio de las leyes por ellos establecidas, y reinaban en el país la violencia y la rapiña tan sólo de tiempo en tiempo alguien volvía por los fueros de la justicia, y se llevaba á cabo alguna proeza más ó menos ruidosa, y se enderezaba algún entuerto. Más yo fui de todos los reyes el primero que reunió la andante caballería de éste y de todos los demás reinos, poniéndola debajo de mi, su cabeza, en aquella hermosa orden de mi Tabla Redonda, gloriosa compañía formada con la flor de los hombres para servir de modelo al vasto mundo y ser el hermoso principio de una nueva era. Hiceles poner sus manos en la mía y prestar juramento de reverenciar al rey como si fuera su conciencia, y á su conciencia como á su rey, combatir á los paganos y sostener al Cristo, cabalgar por todas partes, deshaciendo humanas injusticias, no calumniar ni dar oi-



dos á la calumnia, honrar su palabra como si fuera la de su Dios, guardar la más perfecta castidad, amar á una sola mujer, á una doncella; quererla tiernamente, consagrarse á ella y honrarla por medio de años de nobles acciones hasta que de ese modo consiguieran ganarla; porque, en verdad, no sé que haya en la tierra mejor maestro que el primer amor por una doncella, no sólo para reprimir lo que de vil hay en el hombre, sino también para enseñarle elevados pensamientos y amables palabras, y cortesía, y el deseo de gloria, y el amor á la verdad, y todo lo que hace noble á un hombre. Y todo esto prosperó antes de que me casara contigo, esperando hallar en tí una compañera capaz de comprender mi designio y de regocijarse conmigo al verlo realizado. Entonces vino tu vergonzoso pecado con Lanzarote; luégo el pecado de Tristan é Isolt; luégo otros, imitando á estos mis más poderosos caballeros, y tomando feo ejemplo de hermosos nombres, pecaron también, hasta que por fin obtuve lo que me era más odioso, esto es, lo contrario de lo que mi corazón había soñado, y todo por tu culpa! de manera que esta vida que conservo y defiendo como un gran don de Dios, no me importa mucho perderla; ántes bien pienso cuán triste sería para Arturo, si viviese, sentarse una vez más en su desierto estrado y echar de menos la multitud de caballeros que lo llenaban en otro tiempo, y no oír elevadas pláticas sobre la virtud, y sobre las nobles acciones, como en los felices días antes de tu pecado. Porque ¿quién de nosotros qué sobreviviera á tantas des-

gracias, podría hablar de la virtud y de la pureza de corazón, sin que pareciera censurarte? Y en tus habitaciones de Camelot, ó de Usk tu sombra se deslizaría aún de aposento en aposento, y á cada instante me apesadumbraría acordándome de tí al ver un vestido colgado, ó una joya abandonada, ó un adorno cubierto de polvo, y no pocas veces me estremecería creyendo oír resonar tus pasos en la escalera. Porque no pienses, aunque tú no has querido amar á tu señor, que tu señor ha perdido enteramente el amor que te tenía. No soy tan voluble; no estoy formado de tan ligeros elementos. Sin embargo tengo que dejarte ¡oh mujer! á tu vergüenza. Yo considero como el peor de los enemigos públicos al hombre que bien sea por él ó por sus hijos, para salvar su nombre del escándalo, permite que la mujer cuya falsedad conoce, more con él y gobierne su casa; porque dejada ella en su puesto por la pusilanimidad del esposo, y tenida en todas partes por casta, va poco á poco insinuándose entre la multitud, á la manera de una enfermedad nueva que los hombres no conocen y contra la que no se toma precaución alguna: con los relámpagos de sus ojos despierta la fiebre de las pasiones, y mina la fidelidad de nuestros amigos, y corrompe la mitad de la juventud. ¡Peor, mil veces peor, si ese hombre es el que reina! Más vale que el hogar del rey esté desierto, y dolorido su corazón, que tú sentada de nuevo en tu puesto de luz, la mofa de mi pueblo y su ruína.»

*
* * *

Calló Arturo, y la reina, arrastrándose, se acercó á él un poco más, y abrazó sus piés. En el mismo instante se oyó un lejano clarín, y el corcel que esperaba á la puerta relinchó alegremente contestando á aquella voz amiga, y el rey prosiguió de este modo:

* * *

— No pienses, sin embargo, que vengo á atormentarte con la enumeración de tus crímenes; no he venido á maldecirte, Ginebra, yo que casi me siento morir de compasión al ver ahí á mis piés, tu cabeza de oro, que fué mi orgullo en más felices días. El furor que al saber tu traición y tu huida se apoderó de mí, y me movió á fulminar aquella cruel sentencia condenándote á la hoguera, ha pasado ya. La angustia que, al comparar tu corazón con el de uno demasiado leal para soñar siquiera que fueras capaz de infidelidad, hacía que las lágrimas escaldaran mis mejillas, ha pasado también... en parte. Y todo ha pasado, el pecado hecho está, y yo ¡mira! te perdono, como el eterno Dios perdona: haz tú ahora por tu alma lo demás. ¿Pero cómo despedirme para siempre de todo lo que amé? ¡Oh cabellos de oro, con los cuales yo solía jugar ignorante de mi desgracia! ¡Oh cuerpo de imperial molde y de belleza tal cual jamás se vió en mujer alguna, hasta que contigo vino á ser la maldición de un reino! No puedo tocar tus labios; no son míos, sino de Lanzarote. Más aún; nunca fueron del rey.

No puedo tomar tu mano; eso también es carne, y en la carne has pecado; y mi propia carne, viendo la tuya contaminada, grita « ¡te aborrezco! » Sin embargo, no por eso es menos cierto ¡Oh Ginebra! — porque siempre he sido virgen, salvo por tí — que el amor por medio de la carne ha penetrado en mi sér tan profundamente que te amo todavía. Sí, Ginebra; yo te amo todavía: se engaña quien otra cosa imagine. Acaso, y con tal que tú purifiques tu alma, y con tal que te apoyes en nuestro buen padre Cristo, después de esta vida, en aquel mundo donde todos son puros, nosotros podremos encontrarnos delante del alto Dios, y tú te arrojarás á mis brazos, y me reclamarás como tuyo, y sabrás que soy tu esposo, y que no soy un alma más pequeña que Lanzarote, ni otro alguno. ¡Déjame, te suplico, esa que es mi última esperanza! — Y ahora tengo que irme de aquí. En el silencio de la oscura noche oigo el sonido del clarín, y es que los míos me llaman á mí, su rey, para conducir mis huestes lejos de aquí, al Oeste, á la gran batalla donde debo pelear contra el hombre que llaman hijo de mi hermana — no es pariente mío el que se liga con los paganos del Caballo Blanco y con traidores — y matarle; y donde también yo debo encontrar la muerte, ó no sé qué misterioso fin. Y tú que quedas aquí sabrás lo que suceda; pero yo ya no volveré aquí, nunca reposaré á tu lado; no te veré ya más. Adiós. »

* * *

Dijo. Y ella que se arrastraba á sus piés, sintió en el cuello el aliento del rey, y notó que sobre su abatida cabeza movía él las manos bendiciéndola.

* * *

Luégo, cuando el ruído de los pasos se hubo perdido á lo lejos, la reina, pálida de emoción, se levantó, y en su angustia corrió á la ventana, diciéndose: — « ¡ Si por ventura, pudiese, sin ser vista, ver su rostro ! » Y hé aquí que él estaba ya á caballo á la puerta del convento ! Y cerca de él las contristadas monjas, cada una con una luz en la mano, estaban en pié, y él les encargaba que cuidaran de la reina, que la consolaran y protegieran siempre. Pero hablaba sin alzar la visera del yelmo, de su magnífico yelmo que por cimera tenía el dragón de oro de Bretaña; así es que Ginebra no pudo ver su rostro, que en aquel momento estaba hermoso como el de un ángel, pero vió, humedecido por la niebla y herido por las luces de las monjas, el dragón de la gran Pendragonía, que brillaba como una áscua de oro. Y el rey partió, y se alejó rápidamente, no sin volver la cabeza algunas veces; y la niebla que velaba la faz de la luna, girando en torno de él, que parecía un fantasma gigantesco, fué poco á poco envolviéndole en sus pliegues y haciéndole más y más oscuro, hasta que llegó á confundirse con la misma niebla, corriendo, como un espectro, á su ruína.

* * *

